

Arquitrave



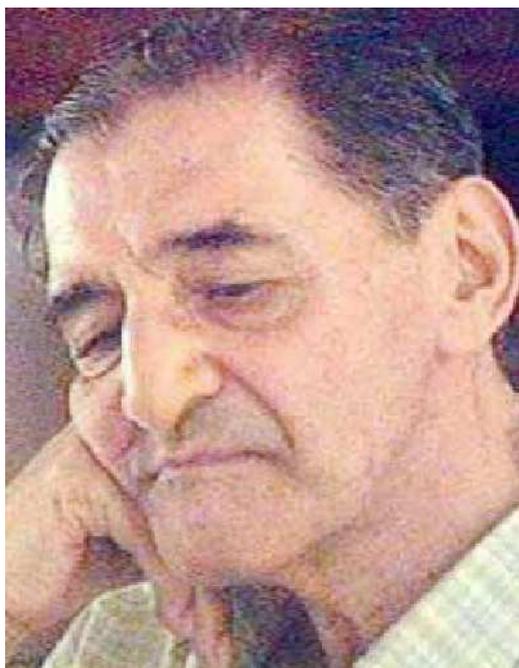
**Rogerio Tenorio • Ignacio Ramírez • Claribel Alegría
W.S. Merwin • Verano Brisas • Marco Antonio Campos
Miguel Márquez • Álvaro Valverde • Alfonso Rubio**

Carta a Rogerio Tenorio

Ignacio Ramírez

La palabra poeta -(¡ahora me doy cuenta!)- a pesar de su aparente fragilidad, su sencillez, su modestia, es, especialmente en este momento de confusiones y barbaries, como una columna donde los soñadores y los guerreros que trabajamos y luchamos desde la trinchera de la creación, podemos sustentar un poco de ilusión en medio de estos tiempos grises, esta ferocidad donde los valores esenciales de los seres humanos sobreviven apabullados por el miedo, ensombrecidos por la fuerza bruta de los necios.

Poeta. Como decir viento o pájaro, vuelo o camarada, trovador o amigo. Poeta y tío fueron las



palabras que sentí como si fueran un par de alas agitadas, cuando Harold Alvarado Tenorio, tu sobrino real, me hizo llegar los versos que escribiste allá en la jaula, en el túnel, la cueva cavada en la montaña por las hienas que te secuestraron y te mantuvieron torturado durante los meses largos en que todos los que te queremos tanto esperábamos por tu regreso, que se produjo al fin, aunque no ha de borrarse ni de tu memoria valiente ni de la amnesia vil de un pueblo incapaz de proteger a sus ciudadanos, sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus poetas, sus tíos.

Tú quizás ni lo sepas (que

tampoco hace falta), pero desde el mismo día siniestro en que te capturaron los asesinos, una gran legión de poetas se convirtió en un ejército de hombres y mujeres de palabra que pusieron el grito en el cielo y reclamaron tu libertad, tu derecho a la vida. Llegaron cartas por montones. De los cinco continentes donde viven dispersos pero unidos por una red invisible de poesía, volaron sus palabras para protestar por tu secuestro. Leyeron y aprendieron tus viejos y sensibles poemas y te quisieron y te lo dijeron con sus mensajes repletos de solidaridad y de cariño.

Sabíamos, por supuesto, que nada puede el sencillo argumento de un clamor contra la enceguecida y delirante gula de dinero y muerte que se enardece en las cabezas huecas y en las manos criminales de quienes gota a gota chupan la sangre del país. Aún así, de todas formas estábamos contigo, al menos en el corazón y el pensamiento.

Eso de nada vale, lo sabemos. De nada, al menos, si se pone frente al sufrimiento y el injusto escarnio al que son sometidos los rehenes. Pero ahí estaban las palabras uniéndonos, encadenándonos, obrando de puente frente al muro de tu cautiverio. Y tú, allá, entretanto, también con tu palabra como única amiga, compañera, tabla de naufrago.

Alvarado me contó tantas cosas tan tristes, que ni siquiera cuando ya supe que habías sido liberado, tuve valor para pasar la voz a mis amigos y cronopios. Algo me detuvo. No sé si la amargura o la impotencia, el pavor o la perplejidad. Esta es la hora en que no he dicho nada. La noticia no es la libertad, porque ella es el derecho. En cambio su violación, su estirpe baja, su ruindad, cómo llena los diarios y las radios y las pantallas de televisión. Y nada pasa, poeta: cinco mil colombianos encadenados al martirio escriben hoy (¡quién sabe dónde!) sus poemas, sus botellas de naufragos en el mar de los zarpazos, condenados a muerte en el monte de los olvidos.

Casi nadie lo sabe y ni siquiera sé si es prudente comentarlo, pero me enteré de las condiciones terribles de oscuridad, carencias, malos tratos, días y noches tras días y noches de meses tras meses esperando una rendija de luz hacia este lado de la vida o la tiniebla perpetua hacia el lado de la muerte. ¡Qué valentía la tuya!

Y allí en la oscuridad la poesía también te iluminó la vida: Alvarado me ha traído los versos que escribiste, no sé si en un papel sucio y arrugado y escondido, o en tu memoria de combatiente por la vida con las manos limpias.

Aquí los leo, tus poemas: «No he podido evadirme del pasado/ Y es falsa esa ilusión que pretendía/ Restaurar lo que no ha cicatrizado, / Que perdura y lastima todavía».

Honda pesadumbre, cicatriz para siempre. Pero ahí estaba contigo la palabra: «Y esta muy triste historia ha terminado. /Maestría en olvidar ayudaría/ Apagando carbones que han quedado/ Y que ligera brisa encendería».

Eso es el poeta, tío querido: «una llama al viento» –como decía Porfirio. Un cirio que hasta el último instante de la llama, arde y espera y quema e ilumina, como nos enseñó Kavafis. Ese es el tío, poeta: un pariente por vínculos de sangre o un amigo incomparable a quien le calza con precisión esa palabra que es cariño expresado en una sílaba, contenido y resuelto en un abrazo.

Así, Rogerio, ella –la palabra—estuvo con nosotros mientras en la montaña con la puerta cerrada tú soltabas el hilo de la espera: la campana y su blanco campanario, el río que cruzó por tu tierra nativa, bosques y plantíos, el Cauca, sus pájaros cantores, un traje blanco, una cintura, la palabra, ese *Ábrete Sésamo* desde la parte oculta de la tierra, que fue a la vez tu tumba y tu más esotérica cita con la poesía, que te sacó a la luz de nuevo, te salvó, nos devolvió la posibi-

lidad de un buen abrazo, una vibrante resurrección para decirte poeta y para desfogar todo el afecto que se despliega cuando se abraza a un tío.

Poeta Rogerio Tenorio: bienvenido de nuevo a las palabras sol, renacer, aurora, noche, batallar, arroyo, nube, vida, muerte y amigo.

Bogotá, Noviembre de 2004

Rogelio Tenorio

No he podido evadirme del pasado

No he podido evadirme del pasado
y es falsa esa ilusión que pretendía
restaurar lo que no ha cicatrizado,
que perdura y lastima todavía.

Y esta muy triste historia ha terminado.
Maestría en olvidar ayudaría
apagando carbones que han quedado
y que una ligera brisa encendería.

Todo tiene su tiempo bajo el cielo
tiempo de pena y tiempo de cantares
no agregues pesadumbres a tu duelo.

Y aprende la lección del peregrino
que aligera su fardo de pesares
poco a poco... a lo largo del camino.

En mi niñez repica una campana

En mi niñez repica una campana
que llamaba a los fieles cada día
las puertas de las casas se entreabrían
y en las calles clareaba la mañana.

Mi barrio Santa Bárbara ostentaba
su capilla de humilde artesanía
blanca desde la base al campanario
al sol y al cielo azul resplandecía.

Dos leones de arcilla daban paso
al parque con sus calles circulares
los árboles frondosos daban sombra
y frescura a plantíos y rosales.

He vuelto, no se sabe a dónde fueron
la floresta y su sombra y los jardines
que poblaban al parque con sus flores
y al aire con su aroma de jazmines.

La campana y su blanco campanario
los oigo en insondable lejanía
la capilla volvió en un espejismo
fugaz, en la quietud del mediodía.

Por mi tierra nativa cruzó un río

Por mi tierra nativa cruzó un río
que caudaloso y raudo descendía
hacia el valle entre bosques y plantíos
que domaban la fuerza que traía.

En la llanura zigzagueaba el curso
y en plácidos remansos esperaba
que frágiles y alegres mariposas
en el cristal del agua se miraran.

Bajo el puente cruzaba nuestro río
que perdía su reposo si golpeaba
el espolón de piedra y calicanto
donde se yerguen firmes las arcadas.

Rumbo al Cauca entre sauces y guaduales
con su escolta de pájaros cantores.
Si callaban sus trinos, se escudaba
su rítmico rumor en los playones.

Por mi tierra nativa cruzó un río.
Su nombre lo olvidé, qué desconsuelo.
Solo un hilillo de agua va en camino
convertido en arroyo pordiosero.

Ella está aquí, en la sala de espera

Ella está aquí, en la sala de espera.
Blanco traje ilumina su figura
que destaca su clásica cintura
y adorna su cuidada cabellera.

De pie, con la esbeltez de una palmera,
se mueve suave, paso sin premura
callada... que no advierten su hermosura,
así por ser tan bella... padeciera.

La fila de abordar se mueve aprisa.
Ella, que nuestro asombro conocía,
nos mira y nos regala una sonrisa.

Cada quien se pregunta en su cabeza:
si lo que vimos fue una fantasía
o si puede existir tanta belleza.

Claribel Alegría

Isis

¿Dónde, amor mío
esposo
hermano
dónde arrojó Set
tu cuerpo mutilado?
¿Qué haremos sin tu voz
sin tu dulzura?
Fuente de vida eres
rey de la luz
y las tinieblas
déjame que te encuentre
déjame que recoja
uno a uno
los fragmentos de tu cuerpo.
Osiris
dulce Osiris
¿quién sino tú
hará que los justos resuciten
y que rebase el Nilo
y fecunde a la tierra?
No nos dejes, Osiris
recorreré con Horus
nuestro hijo
todos los confines del planeta
y buscaré en el aire
y buscaré en los mares
y bajaré al averno.

Debo encontrarte, Osiris
te ocultaré de nuevo
dulce amado
Horus y yo seremos los guardianes
de tu cuerpo
y Set
hermano vil
usurpador del trono
que en trozas te cortó
jamás sabrá
dónde reposas
y otra vez como el trigo
volverás a nacer.

El olvido

Al olvido le temo
no a la muerte
el olvido es el filo
que reduce a serrín
vidas
obras
amores
que soñamos eternos.

Despertar

Abrí los ojos
y me sentí Afrodita.
Implacable
el espejo
me devolvió la imagen
de medusa.

W. S. Merwin

Juan José Rodríguez

William Stanley Merwin nació en New York City en 1927.

Su padre fue un ministro presbiteriano. Sobre este hecho, Merwin ha dicho: «yo comencé a escribir himnos para mi padre y, poco a poco, pude escribir de todo.»

Aún niño, su familia se mudó a New Jersey. Así, Merwin creció junto al río Hudson, mirando las grandes torres de Nueva York.

Asistió a la Universidad de Princeton, donde obtuvo un postgrado en lenguas romances. Trabajó como tutor en Francia, Portugal y Mallorca (donde trabajó con el hijo de Robert Graves). En el contexto de su brillante generación (que incluye a Gary Snyder y Galway Kinnell, a John Ashbery y James Merrill), es el principal des-

cubridor contemporáneo de los bosques y ríos norteamericanos.

Desde su primer libro, escrito básicamente durante sus estancias en Europa, *Una máscara para Jano* (1952), que ganó el premio Yale a los poetas jóvenes, se puso en

evidencia la centralidad de la naturaleza en esos empeños.

Esta dicción se irá consolidando en varios libros, como *Los osos danzantes* (1954) y *El blanco en movimiento* (1963) hasta llegar a su primera obra de plena madurez: *Los piojos* (1967). En este libro abandona el corte versal clásico, la puntuación habitual y algunos elementos grecolatinos, impulsando una metafísica de resistencia a los



sistemas alienantes de la cultura, del mundo y del sufrimiento. En ese tono, de cierto minimalismo, escribe *El acarreador de las laderas* (1970) y el libro que consolida ese período poético, llamado *Escritos para un acompañante ilimitado* (1973). Tras ese poemario seguirían varios libros como *La lluvia en los árboles* (1988), *Viajes* (1993), *La zorra* (1996), *Flor y mano: poemas 1977-1983* (1997) y *El sonido del río* (1999). En ellos, la naturaleza aparece como reino de la gracia absoluta, aquejada hoy por un tiempo manual (como en Carrera Andrade) al que el poeta sólo puede oponer un clamor (como en Jorge Guillén). Allí, Merwin se vuelve más conceptual y amargo, a un tiempo, en una sintaxis torrencial, sin dejar de alumbrarnos con la luz de las meditaciones imposibles. Últimamente ha publicado algunas colecciones breves, hasta el presente 2004. Sus poemas han sido traducidos al alemán, al francés, al español (por el poeta mexicano Jorge Esquinca) y a varias lenguas más. Sus honores incluyen el Premio Bollingen, el Premio del Club PEN para traductores (que incluyen la *Chanson de Roland*, el *Purgatorio*, *Poemas* de Pablo Neruda y *Aforismos* de Antonio Porchia), el Premio Shelley y el Premio Wallace Stevens. Vive actualmente en Haikú, un pueblo de la isla de Maui, ubicada en el estado norteamericano de Hawaii, cultivando huertos, junto a su esposa argentina Paula, quien, según Merwin, «se cansó de vivir por más de treinta años entre los edificios de New York y quería vivir en un lugar más amable». En medio de la belleza natural –quizá agónica– que ha plasmado de un modo inigualable en sus poemas, Merwin trabaja como activista ambiental y, de vez en cuando, viaja al continente para dar charlas o lecturas sobre poesía y ecología.

Por el aniversario de mi muerte

Cada año habré pasado
sin saberlo
el día en que los últimos fuegos ondeen hacia mí
y el silencio parta
incansable viajero
como el rayo de una estrella fugaz

No tardaré entonces
en hallarme en la vida como en vestido extraño
sorprendido en la tierra
y en el amor de una mujer
y en la desvergüenza de los hombres
como hoy que escribo luego de tres días de lluvia
escuchando el cantar del reyezuelo y el cesar lento
y cediendo no sabiendo para qué

Déjame llamar a un fantasma

Amor, así tan breve:
en Diciembre abrazamos
sin pensar en el clima.

¿A quién daré hoy gracias
por esta fortuna de agua?
Tu corazón ama puertos
donde soy extranjero.

¿Dónde fuimos un poema
sin deseo de un otro
doce días, doce noches
en cada ojo del otro?

¿O fue en lo de Babel
con los días tan breves
que hablamos nuestra lengua
sin deseo de otra?

Si una semilla florece
pon una piedra sobre ella
y que aprenda de tal suerte
la santa caridad.

Si debes sonreír
por siempre en aquel otro
córtame de oreja a oreja
y todos sonreiremos juntos.

Canción con los ojos cerrados

Yo soy la imagen en el sueño
mientras las bestias temporarias
con rugoso y petulante paso
abandonan mis costas azarosas.

Yo soy el rostro que se aleja
aunque el charco sea constante
y su doble reino se alimente
del descontento solo de la vena.

Yo sí he visto el deseo, como si
fuera una mano de violencia
matando mi sueño—como mucho
se ha sufrido con el viento.

Otro río

Los amigos se han ido de casa lejos hacia el valle
de ese río en cuyo estuario
el hombre de Inglaterra navegó su propia era
a tiempo para asir el paisaje de los últimos bosques
tupidos en negro los remotos bordes
del agua majestuosa siempre ella
se me apareció como arribo justo como
un atardecer comenzado y hacia el final
del verano cuando la superficie convergente
pone algo como un solitario vasto espejo contemplando
hacia arriba hacia la luz perla que fue
ya manchada con el primer azafrán
del ocaso en la que los vacilantes rastros altos
de pájaros migrantes fluyeron hacia el sur aunque
no hubo fin para ellos el viento ha caído y la marea
y la corriente parecieron suspender un momento
en balance y el chirrido y el golpear
del bosque detuvieron una vez todo y las voces conocidas
murieron fuera y los olores y la mecida
y la inanición del viaje han devenido
un sueño tras ellos pues hoy yacen en calma
sobre el reflejo de su Media Luna
mientras el cielo ardía y luego la marea se elevó sobre ellos
el pasaje oscuro y ellos no tienen nombre

El sonido del río recordado

Ese día el agua enorme ahogó todas las voces
hasta parecía un tipo de silencio no roto
por nada: un tiempo en sí mismo y detenido,

pero que cuando me volví fuera de su bramar,
bajo el sendero sobre la gaviota, y allí estaban los
perros ladrando como siempre al final del pueblo,

cornamentas felinas y los gritos de niños arribando
aunque por primera vez en medio de la luz variable
del ocaso invernal, mis oídos todavía cantaron

como cáscaras con la corriente abrumadora, y
su torrente de ecos en mí se agarra abierta
sobre mí el mismo silencio y por cuyo sonido

yo solamente pude oír la quietud bajo el día
con los ruidos de la tierra flotando remoto y detenido;
tanto que incluso en mi mente hoy giro afuera

desde haber escuchado la ausencia mas en mucho
éso será el bullir y el arrastre del río
que escucharé más que cualquier canción mortal.

Verano Brisas

La promesa de Josué

*Pero a Rajab, la meretriz, así
como a la casa de su padre y a todos
los suyos, Josué les conservó la vida.*

Biblia de Jerusalén

Derribaré las murallas al son de mis trompetas
y pasaré por las armas a todos los jericooanos
sin ningún remordimiento.

Pero a Rajab, la puta bella,
respetaré como a mi propia persona
lo mismo que a su descendencia.

Guardaré para ella la nobleza de mi stirpe
y la fuerza viril de mi potente falo.

Si me regala el fuego de sus profundidades,
como ahora deseo y ordeno,
haré parar el Sol en lo duro del combate
hasta vencer al enemigo.

Impondré mi dominio en la tierra de Canaán,
y entonces Rajab, la más puta y la más bella,
si es tierna y complaciente con mis ansias,
se verá colmada de innumerables riquezas,
producto de mi conquista y mi saqueo.

Me casaré con ella, haciendo en esa forma
que lleguen Jeremías y Ezequiel,
tras muchos otros profetas,
necesarios en la historia de este tiempo,
como testimonio de mi gloria imperecedera
en los siglos venideros.

Zorra mía

*Como dice Aristóteles, y es verdad,
el mundo trabaja por dos cosas:
la primera para tener el sustento;
la otra cosa es para conseguir unión
con hembra placentera.*

Libro del buen amor

Hagamos el amor, aquí y ahora,
no importa que camino prosigamos,
si a Roma o Jerusalén.

Eres mi puta preferida,
la que tiene hambre y sed de mí,
la que espera mi paga cuando da cobijo
a este falo enhiesto y enrojecido
por los efectos de una larga espera.

Ejercemos en cualquier lugar:
bajo los carromatos de las praderas,
en tiendas abandonadas de alejados caseríos,
en suntuosas residencias,
o simplemente en la hierba,
ante la mirada cómplice del cielo.
Pero ejercemos ahora, zorra mía,
cuando aún cae con fuerza
la lujuria del Sol sobre los pastos.

Las tres huríes

*Y las tres se presentaron en la plenitud
de su magnificencia ante el sagaz Ulises.*

Luís López de Mesa

Soy Zamin,
descendiente de nobles y poderosos persas.
Tengo mi serrallo con ochocientas concubinas,
pero entre todas amo a tres
que siempre me han quitado el sueño:
Rubaiha, Salma Zaraqá y Sa'da.
Son tan bellas, delicadas... Y saben cantar.
Sus ojos azules, sus cabellos rubios
y su tez como leche con canela,
son el beso de Alá para mis noches.

Me regalan mechones de su pelo y trocitos de uñas cuando se
las cortan. Me envían esquelas mojadas con sus lágrimas,
atadas primorosamente con cuerdas de su laúd.

Sa'da, la más tierna, llegó al extremo de incluirme
unos fragmentos de su cepillo de dientes,
a cambio de unas ajorcas con diamantes.

Rubaiha quiso ayer un cinturón hecho con seda de Catay,
unos zapatos de Arabia
y unas sandalias adornadas con rubíes.

Salma dice que se hará sangrar
si no luce una camisa impregnada de ámbar,

unos collares de alcanfor y siete velos de Nishapur.

No sólo estas tres tortolitas quieren arruinarme.

Las otras setecientas noventa y siete
se preparan ya para una huelga
si no les aumento sus mesadas,
antes de que el brillo rojo de la Luna nueva
se levante otra vez sobre el oriente.

Con todo el dolor que cabe en mi corazón
tendré que venderlas por un alto precio
al primer mercader que se interese en ellas.

Además de cantar, saben también danzar
y pulsan el laúd.

El movimiento de sus brazos y del talle
es un vuelo de aves sobre las palmeras.

¡Oh grande y poderosísimo Alá!
Ilumina el pensamiento de los mercaderes
para que paguen sin regateo,
por cada una de mis tres preciosas palomas,
un precio mínimo de ocho mil dinares,
aunque tampoco exijo más de diez.

Si eso no es agradable ante tus ojos,
permíteme entonces atacar con éxito
al más rico y débil de mis enemigos,
para saquearlo y llenar todas mis arcas,
aumentando así tu gloria
y la futura tranquilidad de mi serrallo.

Marco Antonio Campos

Viernes en Jerusalén

Desde la clara altura del monte Scopus contemplo de mañana y tarde las colinas y resplandece áurea en el centro la cúpula en círculo del Domo de la Roca, y resplandecen, en la ladera inferior del Monte de los Olivos, las cúpulas de oro de la iglesia rusa de María Magdalena, que parece puesta de pie sobre un andamio de aire.

De tanto en poco y de nuevo en autobús bajo del monte a la ciudad en sol de Viernes, y atravieso barrios donde pájaros negros contrapuntean la luz y hablan con Dios y sólo eso.

Y recuerdo a mi madre apoyada en su bastón caminar penosamente a través del cuadrángulo de la nave de San Diego Churubusco, y regresan los rostros de los abuelos idos, que oraban a las nubes en la hora de la labor en la hacienda aguascalentense de San José de Gracia y reflexiono en el *impasse* de Oriente Medio, indescifrable más que un escrito cuneiforme, donde se cede un ápice para después no darlo, y creo con razón que «la razón engendra monstruos», que razón y corazón y templo no se unen con la regla, que la muerte amista a la muerte que no muere

Desciendo en King George, cruzo la calle, enfilo hacia Ben Hillel y miro cómo se multiplican decenas de gatos esqueléticos, que pasan y sobrepasan, en la tabla aritmética, el número de mendigos.

En meses del invierno –me dicen—llovió mucho y a las aguas del mar de Galilea y a lo largo del Jordán bajaron las voces de agua de Juan y de Jesús.

Me paro y miro hacia abajo en Ben Yehuda.
Ayer, o antaño, o hace poco, la calle parecía abejera,
pero hoy apenas son visibles puñados de gente
aquí y allá.

Llego a Yaffo.
Jóvenes soldados, mujeres y hombres, con el rifle apuntando
hacia la cara, con el rifle apuntándose a la cara,
defienden su niñez y la niñez de otros.

*Rogad por la paz de Jerusalén
para que prosperen los que la aman.
Rogad a Dios que roguemos por él
para que no viva en tristeza y desventura*

Y la dicha dónde estaba, dónde estaba
el dinero que ciega y abre puertas, la fama
que ciega y abre puertas, el Amor raído
con su vestido a ciegas

Por la calle de Yaffo, las jóvenes israelíes,
tan respirables, tan mediterráneamente frescas,
con el vientre desnudo y los senos frondosos,
dan miel dulcísima a la boca
y vino que gotea sobre la boca

*Hermosas son las hijas de Jerusalén,
pero más codiciables, higueras que dan el higo,
palomas en parvada hacia el hueco de las peñas*

Frente al Correo Central, de pie con los ingleses, busco responderme ahora, en la primavera del año tercero del milenio, con el fardo de los cincuenta y cuatro años, después de atravesar un túnel de larga oscuridad, por qué seguí una navegación, la cual, desde el principio yo sabía que la echaría a perder sin regresar jamás a Ítaca.

*Oh Jerusalén, color de arena y miel,
ciudad de Dios convertida en un infierno,
donde los hijos caen a filo de cuchillo
y los niños lloran al padre que aún ayer,
después del almuerzo o de la cena,
dejaba en la sala de la casa
el vaso de vino y el humo del cigarro*

Llego a la Ciudad Vieja, el centro del cielo vertical de naciones y tierras, donde el fuego cruzado de cristianos y árabes, de judíos y de turcos, perfora la hoja blanca en el pico de la paloma. Por cada terrón, por cada esquirla de calcedonia o vidrio, de piedra basáltica o caliza, por cada astilla de la madera, estéril, absurdamente se han sacrificado millares de millones sin que la vida del asno o del camello se modifique un palmo.

Ay Jerusalén, Ciudad de la Verdad, de tu casa los pájaros se llevan en el pico la hoja del olivo, se llevan en las alas el higo ya desecho, regresan y se elevan llevándose el Hijo ya desecho, y resuenan con dulzura en los muros de la iglesia los discos de los címbalos y la letra de las Bienaventuranzas.

Llego a la Puerta Nueva y de la calle de El Jadid
desciendo por Frères y por St. Francis
y los gritos de los árabes a grito herido
solicitan y claman que regresen
los años del alfanje y del bolsillo próspero.

*Rogad por la paz de Jerusalén, ciudad de paz,
aunque el hermano recoja en la acera
el cuerpo agujereado del hermano*

Desde los once años dejé de confesarme,
dejé de comulgar, me alejé de la práctica y del rito.
Para el niño el sacerdote era como un dios terrible
y rencoroso, que lenta y cruelmente lo hundiría
en las aguas agitadas y el fuego de la Gehena.

¿Por qué el catolicismo se basa en el dolor? ¿Por qué Cristo
permanece en la cruz y no lo vemos de pie en la Galilea, cortan-
do la anémona y la rosa, volviéndose agua
en el agua de los lagos, o en la cumbre de los montes
transfigurándose en luz, sin más mensaje que el claro
renuevo del almendro y la pulpa del níspero en la boca
en la clara mañana que dará el mañana?

*Esta es Jerusalén, a quien Dios puso en medio
de las naciones y a la tierra alrededor de ella*

Mezquita, iglesia o sinagoga, Dios se multiplica por Uno hasta
ser muchos, y regresa, con el pan y los peces, con el vino y los
vasos, para terminar desangrándose por
callejuelas y plazas de la Ciudad Vieja

¿Pero qué puede hacer un hombre con el corazón roto?

Un hombre que buscó la orientación sin atlas y sin brújula,
y no quiso saber que a siete kilómetros permanecía íntegra y
abierta la Navidad en la tierra. Todo bajo el sol tiene su tiempo,
dijo el Predicador, pero yo vine en el tiempo equivocado. Un día,
en fin, a la verdad, sin darte cuenta,

Dios o los dioses te abandonan, sin darte cuenta
crees que el mundo es ancho y grande y múltiple
y se hizo para ti, y vas a la deriva y no lo sabes.

Esa vida, esa gran vida no la hiciste, diste veinte mil vueltas
por veinte mil círculos, pensando que la hacías, creyendo que la
hacías, cuando ya la velocidad del caballo era un pie roto y la
fuerza del león el llanto del ternero.

Dando traspiés, dejando atrás comercios de baratijas, sangran-
do de la espalda y de la frente, ensordecido por el
griterío, enceguecido por el sol de abril, llego, fuera de la
ciudad, a la cima del monte, miro las lágrimas de la madre sin
consolación, miro al verdugo clavándose las manos, y pienso
que a lo mejor alguna vez, alguna vez, cuando el justo
lo sea de corazón y el sufrido de espíritu no escuche la
canción del necio, cuando el nombre del malvado sea raído y
sucumban el héroe y el mártir fraudulentos, cuando no sea un
lloro el tiempo de la tribulación y el tiempo del
infortunio, el verano *se hará* una golondrina, el sol verá su luz
en el fruto del naranjo y el vino viejo se beberá
por fin en odre nuevo.

*Y en ninguna calle de Jerusalén podrá caminar
porque muchachas y muchachos jugarán en ellas*

Miguel Márquez

Esta noche

Van a dar
las doce y cuarto.
De nuevo
cuando menos lo piense
rodarán los astros
y la ley zodiacal de la íntima mecánica celeste.

Un jugador pudiera voltear su mano
como si fuera un aforismo
calcular el peso de los dados inexplicables
al caer y precipitarse sobre la mesa imantada del destino.

La joven taciturna
con una prenda de oro en el futuro
nacida para ser bella por derecho
se hunde como un lagarto en un duelo indecible.

Una voz gitana en el costado
más vegetal que pura
se empina y mantiene sus escamas
en la honda melancolía de los límites.

En la baranda junto a la prosa porosa del pasado
alguien sueña con París y se recrimina con malhumor sin
saber que las últimas metáforas son ciudades.

Los mosquitos
olvidarán la injusta obstinación

y es posible que los cetáceos y el mar también reposen
y le den paso a los cuentos a los barcos
a la orfebrería del verbo de los viajes
al resplandor del mundo en la cubierta de los libros.

Esta noche
cuando sean
las doce y cuarto
y silben
las lechuzas solitarias
sería imperdonable dormir no caer en cuenta
de la desnudez del aire
de las oscuras islas encendidas de los largos recorridos de las
frases alrededor de la noche cuando es por fin la noche espesa y
la daga del agua cristalina.

Los amantes
siempre pasarán de largo preñados de signos y con el
firmamento entero en una flor despreocupada.
Ellos no deben aprender ni estar de pie
ante el aullido de la luna menguante.

Hoy
los locos
con el acento dubitativo en la penúltima sílaba
hablarán del color blanco enroscado en el diamante de las cejas
de hienas burlándose del cosmos
y el hielo partirá en dos el corazón de la tierra
y el líquido amarillo de la rajadura de los ojos
regará su esperma y el vidrio astillado
cortará el pie quebrado de los pronombres.

Esta noche
una antigua luz
venida a menos con el polvo del templo de Osiris
visitará descalza a los mendigos
a los leprosos y en sufrimiento enamorada
limpiará la pus la mierda como quien cuida de verdad y paños
limpios la raíz etimológica del alma.

Esta noche
cuando den las doce y cuarto
alguno de nosotros debería escuchar el delirio gramatical de
los colores su emplumada transparencia
atento dúctil disponible no vaya a ser que den las doce y cuarto
y se nos diga que estábamos dormidos
como quien no siente que no ve lo que toca al momento de
llegar la hora esa hora donde la sacra fecundidad dará las
gracias la humilde y honrosa abdicación desamparada
pero con las manos hacia el cielo innombrable.

Álvaro Valverde

Entonces la muerte

A la bondadosa memoria de mi padre

*«Entonces la muerte, pienso, la muerte»
Anton van Wilderode*

1

En la cabeza, palabras amargas;
palabras dolorosas
por su carga de muerte.
En los ojos, tristeza.
Y de súbito, allí,
en una esquina angosta de la tierra,
algo te reconcilia con el tiempo.
Un árbol te ha devuelto la esperanza.
Con él ha regresado esa verdad,
por lo demás siempre precaria,
con que justificar hasta la vida.
Por la visión humilde de un membrillo.

Junto a esta cama de hospital,
utilitaria y blanca, en la que ahora
descansa el cuerpo enfermo de mi padre,
en este mismo sitio donde ahora
yo mismo estoy sentado,
estuvo un día él velando al suyo.
Me lo recuerda a veces, por la noche,
cuando apagan las luces del pasillo
y se oyen los pasos silenciosos
del personal de guardia
y la tos del vecino y la queja lejana
de alguien que sufre ajeno en un cuarto del fondo.
En voz baja relata otras noches de insomnio
semejantes a ésta, aunque él no fuera entonces
el sujeto pasivo de mis torpes cuidados
sino el representante de esa fuerza
que sacamos sin duda de flaqueza
para poder estar a la altura
de tan penoso trance.
Entre dos luces,
con la respiración forzada del oxígeno,
mientras cambian las dosis del gotero,
pienso un momento en mí
y, sin quererlo, me veo a mí mismo
tendido en esta cama, y a mi lado, sentado, como yo,
en la misma silla, alguno de mis hijos
agarrándome
muy fuerte de la mano.

En realidad, no sé
si vamos al encuentro de la muerte
o si venimos ya de su certeza.
No me recuerdo ajeno, de algún modo,
a su alargada sombra sigilosa.
Estaba allí, en lo oscuro, en las estancias,
al fondo del pasillo, en la penumbra
de aquel mismo rincón en el que ahora
estoy acurrucado contra el tiempo.
Estaba en las palabras susurradas
y estaba en los silencios clamorosos
y en los ojos tristísimos y húmedos
de mis padres volviendo de la iglesia
sin más explicaciones que las tópicas.
Estaba allí, sin duda,
y siempre ha estado
haciéndome la misma compañía
y sé perfectamente cómo huele,
y las formas que adopta y reconozco,
como si fueran mías, sus mentiras.
Por eso dudo si vamos a morir
o de una vez por todas dejaremos
de estar ya en vida muertos.

Todo me lleva a ti; así, esta tarde
abierta al cielo azul que ha sucedido
al airado negror de la tormenta,
bajo esta luz que, más que vespertina,
me parece cegante y de mañana,
cuando atravieso el valle
y vuelvo a Jerte, sin saber porqué,
siguiendo no sé bien qué raro impulso,
curva a curva, ya sabes, cauce arriba,
hasta las mismas fuentes de la vida.
Todo es igual, pero también distinto,
y me remite a ti. Y las cascadas,
y los bancales y el río y los cerezos
parecen ser mirados por tus ojos
y a su través me hablas todavía
y vuelves a explicarme lo que importa:
sentirse aquí, feliz, y rodeado
de cuanto cualquier hombre necesita:
la luz, el campo, el árbol, la montaña,
cosas, tal vez, vulgares o anacrónicas
pero que nos confortan y nos salvan;
los seres y las fuerzas de ese mundo
solar donde vivías;
donde, para mi bien, conmigo vives.

Alfonso Rubio

Días en blanco

De aquel tanto amor,
este silencio y esta luz
venidos desde hace tantos días
y desde tan cerca.

Este silencio de la casa vacía
que cicatriza lentamente
tantos abrazos y tantos veranos
y esta luz de vidrio acribillado
que no destiñe los escenarios.

Entre las mismas paredes
del mismo tiempo
-tu cuerpo y el mío-
habitan los mismos seres enamorados,
aunque ya no vea tus ojos
y te pertenezca,
aunque el viento me desvele afuera
las huellas de tu huida.
Ya lo sabemos, todos lo sabemos
y hay muchos días en blanco
en que nada puedo decir.

Con mis manos desatadas,
haciéndose sombra de las tuyas,
junto a las hortensias,
esta tarde,
alcanzaré aquellas tardes
igualmente dadas al abandono,

sobre la arena, desnudos o entre la hierba,
cuando de pronto aparecía la muerte o la risa.

Conservo la humedad
de aquellas miradas fijas
y un deseo de lo eterno
así como envidio al viento,
entreabiertas las puertas,
apropiándose de nuestra casa.

Sólo entro,
como siempre,
a medir tu pérdida
y cuánto crece el musgo en mi frente.
Pregunto a los grifos oxidados
qué imágenes levantará el polvo
cuando esta luz
sólo sea trizas de escombros.
Y si es verdad que nuestras almas
colgarán como retratos
cuando las paredes vuelvan a ser barro.

Antes de que llegue la noche,
o casi, antes de que la ciudad
atrape este silencio de amor definitivo
con lengua de andamios,
quisiera cambiar nuestros cuerpos,
que tu despedida
sólo cierre las puertas de la casa
y que la mía

Dedal de amparo

Amparo mi alma, dedal,
de azul sonrisa nacida,
cálido paño de amor,
de bondad y mortal dicha.
Te está queriendo la luna,
calmando los sueños que hilas,
robándote el maquillaje.
Oh, Coquito, ella te imita,
señora de ojos de gata,
como espejo sin estima
y fiel tu alegre mirada
la noche oscura ilumina.
Aguja de cloroformo,
de dulzura y fantasías,
el tejido de las calles
de rosa y ofelias vestidas
nunca teme tus puntadas,
besos de hechizos a heridas,
bálsamo de alta costura.
Madrugadas resucitas
como brasa de tabaco,
esperanza de los días,
aliento tan fiel y amable.
Tú, que has vencido a la vida
como a la edad el olvido,
dueña de hermosas vigili-
as, siempre eterna primavera,
abre, madre recogida,

El animal

El animal es la fiera que pasea por las tardes,
un sospechoso pasajero acomodado sobre los párpados.
El animal es una raíz amarga y una gacela desesperada,
el martillo que empuña una sien para golpear en la otra.
El animal es un verano que daña con fuego,
un gancho de carnicero que expone tu carne al hambre.
El animal es un corredor con el dorsal de la edad que siempre
se va,
el puzzle del cielo con la sola
y única pieza infinitamente repetida.
El animal lleva espuelas en la mirada
con el peligro constante del adiós.
El animal es una cama de faquir recién estrenada,
un hueso astillado que huye de la fosa.
El animal es una estrella clavada en los tobillos,
de sangre que hierve y cita a las liebres.
El animal es una garganta de alambre sin precinto,
un soldadito de plomo que se ahoga en los charcos.
El animal pregunta y responde
en voces cruzadas que nunca se entienden.
Un fatigado abrigo que habita los escaparates
y un ciervo que sangra en octubre, es el animal.
Y si queréis, el animal, es todo lo que queráis.

Amado

Amado, cazador en los infiernos
y al pie de las montañas.
Compartías conmigo y con Elena, tus azares
y los azares de los bichos de la tierra y las aves.
Ya no encuentro tus huellas,
ni tus barbas se reflejan en el agua última de los ibones.
Has sido herido por los vicios del hombre.

Rogelio Tenorio (Buga, 1921), quedó huérfano de padre cuando tenía siete años. Autodidacta, hizo hasta tercer grado de primaria, aprendió por correo contabilidad y durante su juventud trabajó como labriego en las cordilleras cercanas a su pueblo. Desde muy joven se dedicó al periodismo en la Radio Guadalajara y creó la oficina de la Compañía Suramericana de Seguros, destacándose durante más de una década como uno de sus corredores estrellas. Durante la década de los años setenta ocupó en dos ocasiones la alcaldía de Buga y fue concejal y diputado ante la Asamblea Departamental del Valle. A los veinticinco años publicó su primer libro de poemas, *Campanario del alba* y en 1976 *En la orilla del tiempo*. En 2001, al cumplir ochenta años, fue dada a la imprenta una selección de sus crónicas bajo el rótulo de *Crónicas de un joven de provincia*. Fundador de una de las empresas avícolas más antiguas de Colombia, también se ha destacado como dirigente gremial de varias asociaciones nacionales del ramo. Permaneció secuestrado entre el 12 de Diciembre de 2003 y el 12 de Mayo de 2004 en una jaula de hierro de dos metros por dos adosada a una montaña en las cercanías de su pueblo, sin medicinas, escasa alimentación, ninguna posibilidad de hacer ejercicios corporales, en absoluto aislamiento. Los poemas que publicamos fueron escritos durante su cautiverio y conservados en su memoria hasta cuando pudo transcribirlos.

Claribel Alegría (Estelí, 1924) es Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad George Washington. Después de residir por varios años en EE.UU regresó a Nicaragua en 1985. En 1978 obtuvo el premio Casa de las Américas por *Sobrevivo*, y en el 2000, el Premio de Poesía de Autores Independientes.

Verano Brisas (Medellín, 1938), piloto de aviación y navegante de la mar oceánica, tiene una extensa obra poética casi toda inédita. Uno de sus libros es *Cantos del verano*. Los poemas que publicamos fueron cedidos a Arquitrave por Jaime Jaramillo Escobar.

Ignacio Ramírez (1944) es el director de la agencia de noticias culturales Cronopios.

Marco Antonio Campos (México, 1949) es Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma y profesor de literatura de la Universidad Iberoamericana. En 1992 recibió el premio Xavier Villaurrutia.

Miguel Márquez (Caracas, 1955) es Licenciado en Filosofía de la Universidad Central y cofundador del grupo Tráfico. Dirige actualmente la sección de literatura del Conac. Ha recibido el Premio Paz Castillo de Poesía.

Álvaro Valverde (Plasencia, 1959) es autor de varios libros de poesía, ensayo y novela y ha recibido premios como el Loewe y el Ciudad de Badajoz. Traducido a varios idiomas su último libro de poemas es *Mecánica terrestre* (2002).

Alfonso Rubio (Arrendó, 1964) es profesor de *Paleografía y archivística* en la Universidad del Valle. Entre sus libros de poesía figuran *Corazón cargado* (1994) y *Liebres* (2003).

Juan José Rodríguez (Quito, 1979) es periodista y autor de los poemarios *Intención de Sombra*, (2001) y *Grabados Sobre Una Columna Derribada*, (2004).

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

ENTRE NUESTROS AUTORES FIGURAN

ELKIN RESTREPO
AFFONSO ROMANO DE SANT'ANNA
CARLOS JIMÉNEZ
CHARLES BUKOWSKI
CRISTINA PERI ROSSI
Du Fu
FERREIRA GULLAR
KONSTANDINOS KAVAFIS
MANUEL BANDEIRA
MONTALE, UNGARETTI Y QUASIMODO
PAULINA VINDERMAN
RAÚL RIVERO
T.S. ELIOT
LAWRENCE FERLINGHETTI
BOB DYLAN
HAROLD ALVARADO TENORIO
CHARLES BAUDELAIRE